

RESISTIENDO AL ORDEN DE GÉNERO DESDE LA MASCULINIDAD: RELATOS DE JÓVENES VALENCIANOS

Emma Gómez Nicolau, Joan Sanfèlix Albelda

enicolau@uji.es; jsanfeli@uji.es

*Profesora contratada doctora Sociología/Profesor ayudante doctor Sociología
Departament de Filosofia i Sociologia, Universitat Jaume I*

Resumen

El activismo en el ámbito de la igualdad articulado por hombres desde lo que se ha venido a denominar como “movimiento de hombres por la igualdad” es un fenómeno relativamente reciente a la par que errático y minoritario, tanto a nivel global como específicamente en España. En este contexto, dentro de la investigación “Resistencias juveniles al orden de género desde los feminismos” (UJI-A2020-13), se exploran de forma preliminar los relatos de chicos cis jóvenes y personas no binarias socializadas como hombres (entre 18-24 años) que conforman una parte de la muestra estructural. Se pretenden analizar los porqués del cuestionamiento del modelo tradicional de masculinidad, así como sus formas de activismo o niveles de conocimiento sobre el mismo (en relación con los hombres proigualitarios). Además, se profundiza en la cuestión de la relación con el feminismo, las autoidentificaciones, etc. A modo de conclusión, se puede apuntar que los hombres jóvenes no participan activamente del movimiento de hombres por la igualdad, sino que sus procesos son más personales y bastante individualizados sin que tomen presencia o fuerza en el ámbito grupal o comunitario. En otros términos, la autorreflexión y el cuestionamiento de los mandatos de masculinidad suelen producirse de manera aislada y como consecuencia de diversas cuestiones que apuntan a ser relevantes: el nivel de estudios, la socialización familiar igualitaria y el encuentro y relación con mujeres feministas en sus entornos más cercanos. La posición de privilegio de la masculinidad y las particularidades en la constitución de esta, sin duda, condiciona las formas de articular las respuestas al orden de género de forma visible y activa y más en un contexto de incertidumbres identitarias que afectan especialmente a los varones que ponen en cuestión el modelo tradicional. En nuestra muestra, además hay que tener presente que son jóvenes acechados por la intensificación de esas incertidumbres respecto a sus devenires biográficos.

Palabras clave: masculinidades, activismo, juventud, igualdad, feminismo

1. INTRODUCCIÓN Y OBJETIVOS: MASCULINIDADES IGUALITARIAS EN TIEMPOS DE HIPERVISIBILIDAD DEL FEMINISMO.

El año 2018 se consagró un cambio de tendencia innegable con respecto a la percepción social del feminismo. Bajo un nuevo régimen de hipervisibilidad, el feminismo (Banet-Weiser, 2018; Favaro y Gill, 2019) ha sido aclamado, adoptado en la cultura mainstream y en los medios de comunicación como un objeto de celebración y de reivindicación. La popularización del feminismo, sobre todo en las generaciones más jóvenes, no obstante, se ha producido a la vez que el feminismo se ha hecho compatible con el neoliberalismo. Así, hablamos de feminismo popular (Banet-Weiser, 2018), feminismo neoliberal (Rottenberg, 2018) o postfeminismo (Gill, 2007, 2017). Las celebrities se autodeclaran feministas en las entrevistas, también las banqueras, empresarias y políticas. La popularidad creciente del feminismo, así pues, no está exenta de aristas y retos, particularmente cuando tratamos de situar la potencialidad de este nuevo régimen de hipervisibilidad en el cambio social. No obstante, una de las características más destacadas del contexto feminista actual es la juventud de las personas que lo conforman, la multiplicación de asambleas de barrio, y el protagonismo de personas más jóvenes tanto en el activismo de calle como en las redes.

En este proceso de popularización del feminismo, los hombres en general tienen un papel complejo. El movimiento de hombres por la igualdad en el contexto del Estado español ha sido y continúa siendo minoritario y capitalizado fundamentalmente por hombres de edad adulta¹ que se constituían como aliados del feminismo y de las políticas públicas por la igualdad. Un movimiento que se centró en la lucha contra la violencia de género, en la revisión de la socialización diferencial y en la incorporación de los hombres a las tareas de cuidados. Aunque podemos rastrear grupos de hombres para trabajar sobre la masculinidad desde los años 80, el perfil era el mismo: hombres universitarios cultivados con buenas posiciones sociales, de entornos académicos o profesionales. Así, mientras que las mujeres jóvenes protagonizan las manifestaciones del 8M, ¿qué ocurre con los hombres jóvenes?

De hecho, sí que podemos rastrear fácilmente el papel y peso que tienen los chicos y hombres jóvenes en la articulación de movimientos neomachistas, ultras y neoconservadores que se caracterizan por ser decididamente antifeministas y lgbtífobos: el movimiento por los derechos de los hombres, el movimiento 'red pill' articulado fundamentalmente en la manófera (Ging, 2019; García-Mingo et al., 2022), como forocoches, el de los incels y otras experiencias que pueblan en nuevo panorama neomachista o posmachista (Lorente, 2009). Si bien son hombres adultos y de edad media quienes han protagonizado algunos de estos espacios, también los chicos más jóvenes forman parte de un movimiento ultra resentido con el auge del feminismo. Banet-Weiser (2018) explica con claridad cómo la hipervisibilidad del feminismo ha traído la popularización de una nueva misoginia. Así, la hipervisibilidad de un feminismo reluciente, que lo ocupa todo, aunque en condiciones neoliberales y por tanto con escasa capacidad de transformación social, habría dado alas a una nueva misoginia que reniega

¹ Sobre esta cuestión, Jorge Cascales realizó un estudio exploratorio sobre el movimiento de hombres por la igualdad en el Estado español. Algunas de las conclusiones fueron presentadas en formato póster en el congreso CIMASCIGUAL <http://congresomasculinidades.edu.umh.es> destacando la cuestión de la edad media de los miembros de estos grupos. Un mapeo bastante actualizado sobre la cuestión y que deriva en parte de este estudio se encuentra en: <https://observatoriomasculinidad.umh.es/movimiento-de-hombres-por-la-igualdad/>

del ‘empoderamiento’ femenino y de unos cambios legislativos que dirán que están hechos contra los hombres, como las leyes de violencia de género o las leyes de libertad sexual que abordan la cuestión del consentimiento. Una nueva misoginia que está detrás de fenómenos populistas y que aupó a Trump (Dignam y Rohlinger, 2019) y articula en cierta medida y con diferentes niveles de sutilidad a los neofascismos (Sanfélix, 2018).

Las personas que coeducan en las aulas y dan talleres advierten del incremento de una respuesta misógina y homófoba sin tapujos. Es decir, mientras que las chicas jóvenes cada vez se identifican más pronto como feministas, entre sus compañeros de aula circulan discursos claramente contrarios a la igualdad. La experiencia de ser abiertamente feminista va de la mano de responder y aguantar comentarios, bromas y desprecios por parte de hombres machistas que no necesariamente significa que sean protagonistas de grupos antifeministas o que participen de manifestaciones antifeministas, sino que sus gestos y palabras en el espacio privado se corresponden con los discursos de los movimientos antifeministas (Blais y Dupuis-Déri, 2021).

2. METODOLOGIA: A LA BÚSQUEDA DE LAS PRÁCTICAS ACTIVISTAS DE LOS JÓVENES IGUALITARIOS

En este escenario de polarización, nos interesa especialmente conocer en profundidad los discursos y las prácticas de los chicos jóvenes que se declaran en cierta forma feministas o al menos cercanos a los postulados de este movimiento y que, atendiendo a determinados criterios, podríamos considerar activistas. En el marco del proyecto de investigación ‘Resistencias juveniles al orden de género desde los feminismos’, proyecto financiado por el programa de fomento de la investigación de la Universitat Jaume I (UJI-A2020-13) estamos realizando entrevistas semiestructuradas a personas jóvenes de 18 a 24 años del País Valenciano, de entornos tanto urbanos como rurales, a chicas y chicos que participan en organizaciones queer y feministas o que se autoidentifican como feministas o queer. En el diseño muestral se contemplan criterios socioestructurales como los estudios (universitarios y no universitarios) y el hábitat (grandes ciudades, ciudades medianas y ruralidad). Para entender los motivos que contribuyen a las militancias y los activismos, hemos incorporado diversos perfiles: chicas que se consideran feministas pero que no militan o forman parte de organizaciones; chicas que militan en organizaciones feministas; personas LGTBIQ+ que no forman parte de organizaciones y personas LGTBIQ+ que militan y forman parte de organizaciones; chicos que se consideran profeministas y que participan de talleres, asambleas o grupos vinculados con las masculinidades igualitarias. Este último perfil es el que nos interesa analizar en esta comunicación, aunque usamos elementos de todo el trabajo de campo ya que nos aporta elementos de interpretación de los discursos en clave comparativa de gran utilidad. El desarrollo del trabajo de campo todavía no ha finalizado, por lo que ahora mismo no contamos con toda la muestra estructural de entrevistas. Haremos alusión a fragmentos de entrevistas literalmente transcritas para ilustrar algunas de las ideas que defendemos en este texto, aunque sean provisionales y están en proceso de construcción. De manera preliminar, ofrecemos a continuación algunas de las líneas de análisis sobre cómo los chicos jóvenes se resisten al orden de género y especialmente a la masculinidad hegemónica y desarrollan prácticas activistas al respecto.

Dentro del concepto ‘activismo’ podemos englobar un conjunto de prácticas diversas que

van más allá de lo que tradicionalmente se enmarca en los movimientos sociales. Incluimos, pues, diferentes tipologías de prácticas que abarcan diversos terrenos o espacios: en primer lugar, la articulación de las personas activistas en organizaciones, asambleas y asociaciones; en segundo lugar, un activismo digital con un componente tanto de denuncia como educativo o de difusión de ideas; en tercer lugar, el activismo cotidiano, consistente en contestar y denunciar el machismo en las relaciones interpersonales, familiares y de la vida íntima; en cuarto lugar, un conjunto de prácticas que se canalizan a través de talleres, formación, lectura de textos y reflexión individual o colectiva que tenderá a la deconstrucción, a la revisión de la propia masculinidad y al cambio en el terreno del *self*. Esta tipología tentativa es una aproximación a unos tipos ideales que, en la realidad, mantienen unos límites mucho más difusos. Resulta difícil entender un activismo articulado en una asociación que no desarrolle un discurso online, y también resulta extraño que la participación en una asamblea no dé lugar a la revisión de los privilegios propios y de los modos en los que se establecen las relaciones interpersonales. También resultaría extraño que un trabajo personal de deconstrucción no tuviera un correlato en prácticas políticas de contestación en el terreno de lo cotidiano. No obstante, esta tipología nos resulta útil a priori para establecer algunas comparaciones con los activismos feministas protagonizados por chicas jóvenes.

En el contexto valenciano, en los últimos años, nos ha resultado muy fácil identificar grupos feministas nuevos protagonizados por chicas jóvenes. Contrariamente, no hemos encontrado este tipo de agrupaciones encabezadas por chicos. Podemos afirmar que los grupos de masculinidades igualitarias que existen (y desde lógicas muy erráticas), no son muchos y además los componen personas jóvenes más mayores, en la treintena como mínimo, lo que ha dificultado enormemente el proceso de captación de los entrevistados. También nos es fácil identificar a twitteras, instagramers y youtubers muy jóvenes que son referentes feministas juveniles. Pero, por otra parte, y aunque en nuestro rastreo hemos encontrado cuentas de Instagram dedicadas a desmontar la masculinidad tóxica, no hay caras visibles ni chicos *influencers* hombres con discursos claramente feministas. Respecto a las dos otras fórmulas activistas, a priori no podemos saber su extensión, pero, efectivamente, son más susceptibles de ser usadas por parte de los chicos y personas no binarias socializadas como hombres que se consideran pro-igualitarios por lo que la dimensión interrelacionar y la identitaria (sobre la construcción de *une misme*) serían el terreno por excelencia de estas prácticas de resistencia desplegadas en el terreno de las masculinidades igualitarias.

Teniendo en cuenta este escenario, en las entrevistas semiestructuradas nos centramos en reconstruir la experiencia de estos chicos en relación con el feminismo, su vivencia de la masculinidad y las estrategias activistas que despliegan. Una de las realidades más interesantes que ha emergido durante el proceso de captación de informantes ha sido la emergencia de las identidades no binarias. Así, algunos de los informantes que contactamos como hombres, a lo largo de la entrevista se identificaron como personas no binarias. Es por esto que analizamos los discursos sobre los activismos feministas y masculinidades igualitarias enunciados por personas no binarias socializadas como hombres y hombres cisheterosexuales.

3. RESULTADOS Y DISCUSIÓN

3.1 El papel de los hombres en el centro del proceso de cambio social

Que la pelota está en el tejado de los hombres es una idea que se ha ido sucediendo en los feminismos. Tras la incorporación masiva de las mujeres en el terreno laboral en los años 70 en el contexto español, se reclamaba una incorporación en los mismos términos de los hombres en el terreno. En los discursos actuales de la juventud, los hombres siguen en el centro de los discursos sobre el cambio social. Se requiere de su participación y se requiere de su activismo en el terreno de la igualdad. La sensación es que las mujeres y las chicas ‘se han puesto las pilas’ y que ahora es el momento de que hagan lo mismo los chicos. Así, por ejemplo, se verbaliza en un grupo de discusión:

I7: Me refiero a analizarnos como construcción de hombres y en este caso, sí, o sea, cómo nos hemos construido, cómo la sociedad nos ha influenciado en cómo somos, en los comportamientos, en cómo pensamos...

I6: La masculinidad.

I7: La masculinidad, exactamente. Sobre todo la masculinidad. Y ahí es donde iba. Yo creo que ese es el, al menos para mi pensar, es el punto en el que hay que señalar, o sea yo no le voy a decir a las mujeres el punto donde tienen que tal. Ellas...

I2: El punto de inflexión lo tenemos nosotros.

GD8. Masculinidades. 4 de febrero 2020. Castelló de la Plana

No obstante, aunque se considera que los hombres deben dar pasos por la igualdad de género, en las entrevistas tanto con hombres cisheterosexuales proigualitarios como con las personas no binarias socializadas como hombres, aparecen algunas reticencias y algunas dudas respecto al papel que deben ocupar en los feminismos. El movimiento de hombres igualitarios es ajeno para nuestros informantes y sus maneras de ser feministas aunque puedan haber participado de charlas, talleres y construido algunos espacios informales para tratar sobre la masculinidad. Aparece, en las entrevistas, cierta desazón o incomodidad con la etiqueta feminista que, lejos de estar motivado por el estigma que les pueda conferir en sus grupos de iguales (Siegel, Elbe y Calogeno, 2022), guarda relación con la posición difícil de encabezar o usar una etiqueta que no saben si les pertenece completamente o en la que no se sienten protagonistas legítimos:

...la verdad es que yo no, no conozco asociaciones de, de hombres feministas ni el movimiento de hombres feministas. Eh, sí he visto, por ejemplo, en muchos espacios feministas, el, este meme de, del aliado, ¿no?, de hombres que se dicen feministas y hacen como lo más mínimo y buscan, no sé, que les den unas palmaditas en la espalda, que es un meme bastante común. Se repite mucho. Eh, la verdad que, en algunos casos, no necesariamente refleja lo que he visto. También, no sé si es por, porque estudio lo que estudio, que he visto como más hombres que de verdad son feministas que forman verdaderamente parte del activismo, eh, incluso de ciencias sociales feministas, perspectiva de género. Pero no sé. Creo que también hay un tema de poca aceptación o poca inclusión de los hombres dentro del movimiento feminista o poca captación.
(E4)

En este fragmento de entrevista se observa que, por una parte, se critica la utilización del término feminista por parte de hombres para llevarlo a sus intereses o sus beneficios, pero también se considera que el feminismo es un espacio que podría no estar dando cabida a los hombres. Estaríamos, entonces, ante unas reflexiones sobre ‘el sujeto del feminismo’ que no tienen una respuesta clara, sino que más bien encierran un sinfín de interrogantes, cuestión que por otra parte es habitual también dentro del movimiento de hombres por la igualdad en sus debates internos.

Respecto a los intereses propios que se pueda buscar con la adopción de la etiqueta de ‘hombre feminista’, otro informante llevará la crítica y la argumentación más allá considerando que hay hombres feministas que utilizan la etiqueta para construirse una imagen de hombre más atractivo para las mujeres:

Realmente, cuántos, cuántas personas que, vamos, yo conozco, bueno, un montón de personas que van de que son tal, con las chicas y tal, y luego, con los chicos, son verdaderos, eh, engendros o, incluso, con las chicas también, cuando se da el caso de que ellos intentan cualquier cosa y no lo consiguen, pues, eh, les sale la vena de: “¿Y tú quién eres a mí para, por qué no estás conmigo?”. ¿No? Entonces, y eso lo he visto muchísimo y es algo que, vamos, detesto e intento evitar. Por eso, también puede ser que, que intente desmarcarme de las, no desmarcarme, pero no decir enseguida “soy feminista” porque conozco a tanta gente de, de chicos de: “No, no, yo es que soy feminista y tengo aquí el, la bandera de 'soy feminista'”, pero, luego, ¿qué estás haciendo? ¿No? (E5)

No sentirse hipócritas, no querer ocupar un espacio protagonista que consideran que no les corresponde y otros argumentos en este sentido dibujan los contornos de una identificación débil con la etiqueta feminista, especialmente en el caso de los hombres cisheterosexuales:

Y los hombres, claramente, tenemos que ser un apoyo y tenemos, sobre todo, que escucharlas porque los hombres, al final, somos el problema en esto. Entonces, si el problema no aprende, el problema no es educado, no se consigue nada, pero lo que los, los, las que tienen que tomar las decisiones, las que tienen que llevar la voz cantante, son las mujeres. Entonces, me cuesta, digamos, definirme a mí, ¿no?, como un feminista porque creo que las feministas tienen que ser las mujeres y, al final, yo soy una persona que simpatiza con el feminismo, que estoy completamente de acuerdo con todo lo que hacen y que estoy dispuesto a escucharlas y a hacerles caso en todo lo que, lo que ellas consideren, pero no, no, no quiero ponerme a mí mismo la etiqueta de feminista.... (E3)

Hablan de ‘ocupar un segundo plano’, tener una ‘participación pasiva’ que les hace, por ejemplo, no identificarse como feministas en público, en las redes, etc. aunque sí puedan dejar constancia de su preocupación por la igualdad. Esta reticencia, tal y como se observa en el fragmento anterior, tiene que ver con un cierto sentimiento de ‘ser el problema’, de ‘estar aprendiendo’ o de ‘necesitar formación’. Un sentimiento que entronca con la idea de necesitar un rumbo en la construcción de una identidad masculina alternativa al modelo patriarcal (Sanfélix, 2020) ante las reconfiguraciones de las relaciones de género y que se enuncia, eso sí desde la modestia:

claro, al final, eh, es imposible, ¿no?, decir que el feminismo es algo, creo yo, ¿no? Tampoco estoy muy puesto. Entonces, eso de llamarme a mí “feminista” casi me parece, pues como menospreciar un movimiento, ¿no? Porque no

considero, yo intento, yo, ojalá, ¿no?, y quiero llegar, pero me considero que no llego a, al, no me puedo llamar “feminista”. (E5)

Esta posición es más acuciada desde la cisheterosexualidad que desde lo queer, lo gay o lo no binario y, mucho más acuciada en las no militancias que en las posiciones de las personas que participan de asociaciones o grupos LGTBIQ+. Aunque estemos presentando líneas de análisis preliminares, el trabajo de campo realizado hasta ahora apunta a que la adopción de la etiqueta feminista sin tapujos sí que se da en los entornos propiamente militantes.

A los malestares con la etiqueta y a las posiciones de cierta zozobra sobre el papel que deben ocupar en el feminismo, se le suma cierta soledad en sus trayectorias.

Yo, con el resto de mis amigos hombres, no solemos hablar del tema. Yo creo que todos estamos un poco en, en esas vías ¿no? O sea, en mi círculo más inmediato de amigos, no hay ningún machito tóxico de estos, vaya, al menos que, que yo sepa identificar así fácilmente. Eh, pero nunca, bueno, normalmente no nos sentamos y decimos: “Vamos a hablar de, de, de nuestra masculinidad”. Creo que es algo que, que no ha sucedido. La mayoría de conversaciones que he tenido sobre feminismo y sobre esas cosas, han sido con amigas. (E3)

Son principalmente las amigas feministas las que se convierten en sus apoyos y en los grupos de chicos o de personas socializadas como hombres no es un tema de conversación habitual, más bien una rareza que el mismo informante afirma que “los hombres entre nosotros no hablamos de feminismo, que tenemos un problema a tener en cuenta”. (E3)

3.2 Violencia vivida y violencia testimoniada: hacer activismo cuando no se forma parte del colectivo vulnerabilizado

Uno de los elementos teóricos que sostienen nuestra propuesta parte de la propuesta teórica de Judith Butler sobre la vulnerabilidad y la resistencia (Butler y Athanasiou, 2013; Butler, Gambetti y Sabsay, 2016) según la cual es la experiencia de la vulnerabilidad la que activa las alianzas colectivas al tener la capacidad de decodificar y desenmascarar aspectos que son opresivos. En este sentido, las personas activistas feministas jóvenes parten del análisis de las propias experiencias de opresión y violencia que han sufrido —o de las que han sido testigos— fruto de los relatos culturales sobre el género y la sexualidad. Sin embargo, en el caso de los hombres cisheterosexuales, resulta mucho más complicado tener una referencia de vulnerabilidad vivida en clave colectiva. En estos casos, de hecho, incluso el ‘salir del armario’ como feministas, puede vulnerabilizarles más, dado que están más expuestos a la otredad en sus entornos de iguales. De esta manera, la falta de una experiencia compartida de vulnerabilidad dificulta el impulso de la acción en el sentido del concepto de ‘bodies in alliance’ (Butler y Athanasiou, 2013) que incide en cómo la vulnerabilidad —en la dimensión corporal— compartida facilita las alianzas políticas.

Así pues, en el caso de los chicos cisheterosexuales, el impulso a sentirse profeminista y a desarrollar acciones activistas por la igualdad de género proviene de elementos externos y se fundamenta sobre ideas ético-morales de igualdad y justicia social en la que destaca el peso de los entornos familiares y educativos:

Uno es más pequeño, ¿no?, igual, yo qué sé, Segundo o Tercero de la ESO,

que supongo que también por, por familia y por tal, digo: “Vale, el feminismo, bien; el machismo, no bien”, ¿no? Pero porque soy un niño pequeño y obviamente... Yo vivo con mi madre. No vi... mi, mi padre no está. O sea, vivo con mi madre y mi hermana y ambas son muy feministas. Entonces, yo supongo que por el simple, por simple, eh, educación familiar dije: “Vale, el feminismo está bien”, pero era, no sé, un niño pequeño, los niños pequeños no entienden muchas cosas y probablemente, no sabía realmente cuál era el significado de, de eso, ¿no? Simplemente sabía que el feminismo estaba bien. Y luego, creo que ya estando en, tal vez, cuarto de la ESO, mitad de cuarto de la ESO, ya Bachillerato, ya empecé a darme cuenta de por qué el feminismo es lo que está bien y, y lo otro, no. Porque ya empecé a ver las noticias, ya empecé a, a hablar con compañeros y compañeras, empecé a darme cuenta de que había muchos problemas, que digo: “Chico, pero esto, eh, esto, por qué va así, ¿no?”. Y, y entonces, ya empecé a darle vueltas y ya, bueno, ya, sobre todo, ya acabando Bachillerato y empezando la Universidad, como, pues, ya empecé a ver, a verlo todo más claro, ¿no? (E3)

Uno de los procesos a partir de los cuales se activa su interés e implicación en las cuestiones de igualdad de género, como comentábamos en el epígrafe anterior, son las interacciones con amigas feministas, resultando esta cuestión ciertamente relevante en sus narrativas.

En el caso de la implicación de las personas no binarias, sí que nos encontramos que sus posiciones como personas no binarias proceden de una trayectoria en la que los malestares con la masculinidad ya se habían dado. En estas trayectorias se han vivido o se han testimoniado situaciones de discriminación e incluso de violencia que, sin duda, ayudan a su toma de posiciones:

Eh, a partir de los 14, me acepté como persona LGBT, primero con el tema de la sexualidad y luego, ya a los 16, con el tema del género y pues me cambió, más o menos, la visión. Eh, me sentía mucho más incómodo con las amistades hombres que tenía, me sentía más cercano a mis amigas. También porque había construido buenas relaciones con ellas... [...] discriminaciones, nunca sentirme como parte del grupo como tal. Siempre, pues iba como por mi cuenta... (E4)

Una de las hipótesis de partida que barajamos era que la rabia podía ser un elemento catalizador de los activismos. Esto resulta muy claro en el caso de las jóvenes feministas que expresan cómo sienten rabia, ira e indignación ante las discriminaciones o violencias vividas y, en este sentido, a través de las prácticas activistas pueden hacer de la rabia algo productivo (Lorde, 1981, Ahmed, 2010). También en el caso de las personas LGTBIQ+ y no binarias que han vivido discriminación, opresión y violencia y que, en su proceso de politización, han convertido estas emociones en orgullo. Sin embargo, en el relato de los chicos cisheterosexuales, no se da esta experiencia afectiva. De hecho, siguiendo a Gottzén (2018), son otro tipo de emociones como la vergüenza las que pueden llevar a los sujetos a distanciarse de un pasado violento y de acciones sexistas para reconstruir una subjetividad masculina respetable.

En este sentido, se plantea que la vergüenza es una experiencia afectiva mediante la cual las personas situadas en posiciones privilegiadas y sin experiencias de opresión y violencia pueden alinearse con grupos vulnerables. Así, sentirse avergonzados de los privilegios que se sustentan y de ser testigos de la cultura de la violación y de la extensión de la homofobia, sería un primer paso en el activismo profeminista de los hombres. Ahora

bien, tal y como lo interpreta Gottzén (2018), la vergüenza es un arma de doble filo ya que muchos hombres la experimentan en el sentido contrario, es decir, cuando no encajan con el modelo de masculinidad hegemónica. En las narrativas de nuestros informantes encontramos rastros de estos dos tipos de vergüenza que coexisten no sin tensiones y problemas: sentir vergüenza de los comentarios de otros hombres y de sus acciones y, al mismo tiempo, sentir vergüenza por no performar la masculinidad esperada en algunos momentos:

Lo he abierto, me lo he puesto y me he *quedao* así pensando y he dicho: “¡Joder! Y ahora me toca ir por la calle con un paraguas de Minnie Mouse, ¿no? Y rosa”. Y no debería, y yo sé perfectamente que no me debería, vamos, para nada, ¿no? Y no es el sentimiento que espero. (E5)

Lo que resulta revelador es cómo, en las narrativas de los chicos, aparecen argumentos en los que tratan de separarse de las acciones que perpetran sus iguales: hacer bromas homófobas, aprovechar que sus ligues van borrachas para tener sexo, etc.

A esto, además, se le suma una cierta sensación de incomodidad al ser la persona que continuamente está apuntando, haciendo comentarios o considerando que lo que los iguales dicen o hacen es sexista, homófobo, etc.:

pues, eh, y no me gustaba porque, al final, eras el diferente de tener que decir: “¡Joder! ¿Cómo estáis diciendo eso?”, ¿no? Y, y en ese sentido, mis amigos chicos han *evolucionao* y, y ya no son, no hablan de esa manera. Para nada. De hecho, son ellos los que, alguna vez, pues si ha habido algún comentario del estilo, le han *parao* los pies, ¿no? Entonces, al menos, en ese sentido, me siento cómodo y a veces, hasta aliviado, ¿no?, de poder decir: “¡Joder! No quiero estar toda la vida de, siendo yo el que tenga que recordar a mis amigos cómo tienen que ser *civilizaos*, ¿no?” (E5)

Aceptar la figura del ‘aguafiestas’, sin duda, se traduce en adquirir nuevas vulnerabilidades al incorporar el temor a ser no aceptado, dejado de lado, etc. Un riesgo y posición incómoda asumida en su totalidad en las prácticas feministas cotidianas que dan respuesta a la idea de *Feminist Killjoys* (Ahmed, 2010).

3.3 Activismo de baja intensidad: deconstruir la masculinidad tóxica y hacer las paces con la masculinidad

El activismo sobre ‘masculinidades igualitarias’ que hemos rastreado entre los chicos jóvenes valencianos podemos definirlo como ‘de baja intensidad’. Tal y como avanzamos anteriormente, no estamos ante activismos que se organizan o que son visibles en redes sociales liderando la lucha por la igualdad. Por el contrario, nos encontramos con unas prácticas de resistencia al orden de género (Connell, 2009) que entroncan con las políticas de la vida cotidiana —compromiso cotidiano ante las expresiones sexistas y homófobas— y con prácticas de deconstrucción de la masculinidad que irían destinadas a mejorarse a una misma. Son estas segundas de las que nos ocupamos en este epígrafe.

En el análisis de las retóricas de la deconstrucción de la masculinidad nos encontramos con prácticas políticas centradas principalmente en lo individual. Así, la práctica de la deconstrucción consistiría en un proceso personal que permitiría despojarse de los constructos culturales interiorizados de la masculinidad hegemónica. Esta práctica integra elementos tan dispares como la reflexión y estudio de teoría feminista, el cuestionamiento

y revisión de los modos en los que las personas encarnan en género y establecen relaciones con otros individuos, así como el trabajo individual en la gestión de las emociones, en el control del lenguaje utilizado y las prácticas comunicativas. Este proceso de deconstrucción sería un proceso de mejora de uno mismo, de adquisición de nuevas competencias y habilidades para ser mejor persona, una persona no sexista y liberada de las ataduras del género. Bajo la idea de cambiarte a ti mismo para cambiar el mundo, la propuesta de la deconstrucción parte de la idea interaccionista según la cual, tal y como explica un informante: “la realidad no existe, la realidad la construimos nosotres” (E11).

Sin quitar un ápice de potencia e importancia a estos procesos de revisión de la identidad, resulta especialmente llamativo que sea este tipo de acciones las que se ponen en el centro de la acción masculina. Es decir, el trabajo individual y la automejora y autovigilancia, propias del paradigma neoliberal del trabajo sobre el yo en el marco de las teorías del capital humano se convierten, en estos discursos, en el epicentro del cambio social:

...me parece que toda la gente, en general, debería pasar por procesos de deconstrucción, de repensarse a sí mismos y creo que ese es un paso fundamental también para, por ejemplo, que hombres se pasen al movimiento feminista, eh, que mujeres feministas apoyen la causa LGBT y personas LGBT apoyen la causa feminista. Creo que, incluso dentro de estos movimientos sociales, no se da tanto pie a ese proceso de autodeconstrucción o no de la forma en que se debería haber dado. (E4)

La penetración de estos discursos de la automejora, del trabajo sobre la propia subjetividad y del control y gestión emocional en clave emancipadora también tiene una lectura en el sentido de mejora ‘objetiva’, de mejora, en este caso, de la propia salud:

Y, y son muchísimas las cosas típicas de la masculinidad que son muy nocivas para la sociedad y para las propias personas. Lo típico de “los hombres no lloran”. Vale, pues no llorar es un problema gravísimo para la salud..., para... emocionalmente. Eh, y muchas cosas del estilo, muchísimas cosas de la masculinidad clásica, digamos, que son súper, súper nocivas para, para la salud mental. Y no solo la del propio hombre en cuestión, sino de toda la gente que hay a su alrededor. Entonces, ahí es cuando, desgraciadamente, dije: “Cuidado. Esto puede ser un problema”. Y, verdaderamente, empecé a darme cuenta un poco de que la masculinidad como se tiene concebida, eh, tradicionalmente, pues puede, bueno, puede no, no es buena hoy. (E3)

Si bien podríamos considerar que este tipo de argumentos pueden ser útiles para ‘convencer’ a otros hombres, para hacer de los activismos por las masculinidades igualitarias algo más atractivo, no deja de ser interesante su enunciación desde una búsqueda práctica de la felicidad tal y como ordenan los relatos culturales contemporáneos (Cabanas e Illouz, 2018): “sé que voy a ser más feliz porque voy a, van a haber un montón de cosas que no me van a afectar y que, pues... todo bien” (E3).

Este trabajo sobre la individualidad se traduce en la extensión de prácticas de autovigilancia y monitorización en la que los sujetos se autodisciplinan:

O sea, desde hace poco tiempo que me estoy dando cuenta de que sí, de que tengo que hacer cambios en mi forma de actuar y en mi forma de ver las cosas. Entonces, sí, vaya, estoy, es algo que vigilo. (E3)

Una vigilancia de las maneras de comportarse en las situaciones interpersonales que, sin duda, tienen efectos positivos y son relevantes:

Entonces, hay ciertas cosas que yo sí intento pulir mucho y creo que, de momento, pues, bueno, no lo hago porque: “¡Ay! Es que es un favor que..., ¿no?”. Que eso también creo que caemos mucho en, en, en error los, los hombres cuando: “No, es que yo hago esta acción, ¿no?, es decir, quiero decir, no te acoso y te estoy haciendo un favor”. No, a ver, vamos a intentar las cosas, pues como deberías hacerlo, ¿no? No acosar. Y no me refiero a la cosa en mi esto, sino, por ejemplo, que las personas se sientan, a mí no me gusta cuando, cuando la, el tipo de interacción que hay cuando un hombre y una mujer se conocen. Eh, por ejemplo, nos presentan a una amiga, ¿no? Entonces, eh, no me gusta que esas personas, esa chica, en este caso, se sienta que, eh, no pueda estar cómoda en un grupo ni soltarse porque sabe que los demás van a ir enseguida a intentar ligar con ella y todo eso. (E5)

Como vemos, los cambios en la dimensión individual se traducen en cambios en la dimensión relacional. Siguiendo el esquema de Risman (2018), faltaría ver en qué medida los activismos por las masculinidades igualitarias persiguen cambios en la dimensión estructural.

En los discursos analizados, únicamente las experiencias desde lo no binario se enuncian como una manera de resistencia al género en sentido amplio, de modo que la misma existencia de lo no binario obliga a repensar y reubicar las estructuras del género en los espacios de lo político, lo administrativo, lo legislativo, etc. Además, se percibe como una manera de contestación directa a las estructuras opresivas del género:

poder hacer lo que queramos sin tener que encasillarnos dentro de hombre o mujer o poder encasillarnos en las dos cosas al mismo tiempo. Para mí, entiendo el no binarismo desde la libertad de poder elegir cómo uno quiere representarse al mundo sin, sin que te digan cómo tiene que ser. (E4)

Como apunte final en el análisis, desde lo no binario parece que emerge un programa político un poco más amplio que pasa por deshacerse de la masculinidad tóxica para, luego, hacer las paces con la propia masculinidad.

...a mi me ha afectado y para ponerlo en lo práctico, yo cuando empecé me sentí hombre gay. Pero a través de la formación en feminismo y nuevas masculinidades... como se puede repensar el género termina cambiándote y repensando las cosas que haces. [...] Ahora puedo ser una persona que ha socializado como hombre gay, no, pero me veo como persona no binaria. Porque no me gusta nada lo que significa ser hombre, no me siento mujer, y quiero ser otra cosa. Quiero escaparme de los márgenes, de los límites...y construir una esfera en la que a pesar de haber sido socializado como hombre, que no me tenga que mover como hombre y, jolín, poder ser una persona [...]Y ahora me falta la segunda parte, porque el proceso que estoy teniendo yo lo estamos teniendo varias personas que conozco y es como jolín, vamos a... ya , ahora rechazo todo lo que significa ser hombre pero en algún momento me tengo que reconciliar con el hecho de ser un hombre, socializar como hombre igual no es intrínsecamente malo e igual puedo reconciliarme con esto más masculino. (E11)

4. CONCLUSIONES Y LIMITACIONES

Los discursos producidos en las entrevistas semiestructuradas nos sirven para explorar de forma preliminar cómo se construyen las narrativas desde los cuerpos sexuados y significados como masculinos en sus resistencias a los dictados del orden de género (Connell, 2009). Estos últimos toman forma en una serie de prescripciones culturales que penetran en nuestros cuerpos sedimentando en forma de lo que Bourdieu denomina *habitus* (2007, 2008), una segunda naturaleza de origen social que condiciona la forma en la que nos situamos y relacionamos en el mundo. Identificar desde una posición de poder y desde la naturalización de esa posición de privilegio y dominación, en tanto que orden normal de las cosas, no es una tarea fácil. Más lo es, si cabe, percibir las implicaciones negativas de esos mandatos sobre el propio cuerpo y experiencia vital, así como movilizarse, desde la misma para activar el cambio personal y colectivo, aún en situaciones de gran intensidad del cambio social potenciadas por los feminismos.

En este contexto, una de las principales cuestiones a destacar, y que ya se apuntaba previamente, es la dificultad que supone encontrar hombres (cishetero) que se reconozcan como activistas (pro)feministas en edades jóvenes (18-24 para el caso de nuestra muestra estructural). Si bien el resto de la muestra (mujeres, personas LGTBIQ+, activistas y no activistas) resulta relativamente fácil de localizar en el espacio social, sin embargo, las particularidades de las biografías masculinas y su posición en las relaciones de género parecen tener cierta incidencia en esta dificultad. Dicho de otro modo, resulta bastante dificultoso encontrar jóvenes activistas igualitarios entre los varones valencianos, puesto que los chicos jóvenes se encuentran en una posición de privilegio (que aún no reconocen o quieren reconocer) que complejiza las posibilidades reales de una activación personal e implicada para una lucha colectiva. Al mismo tiempo, la propia experiencia de masculinidad parece llegar a ponerla en duda (reconocimiento de límites y privilegios) en edades más avanzadas, como así parece indicar la edad media de los miembros de los grupos de hombres igualitarios en el caso español.

Por tanto, y a falta de más trabajo de campo que permita localizar y producir discursos de chicos jóvenes cishetero con pretensiones profeministas, pero en coherencia con lo que vienen señalando los estudios de masculinidades, se pueden destacar a modo de conclusión, las siguientes cuestiones:

En primer lugar, el nivel capital cultural o educativo parecen apuntar como elementos facilitadores de la tímida emergencia de hombres proigualitarios. Si bien cabría ser prudentes con esta afirmación, el proceso de captación de entrevistados apunta también en esta línea.

Los chicos jóvenes no se acercan al feminismo, al menos con los discursos vistos hasta el momento, de una manera directa, con pretensión reivindicativa como parte del sujeto, sino que más bien se muestran dubitativos, en cierto modo desubicados (aunque también interpelados) o incluso temerosos, pese a que se reconocen en cierta medida y desde una pretendida distancia y humildad, como potenciales aliados de este movimiento, especialmente aquellos jóvenes varones cishetero con un activismo más centrado en lo personal e identitario.

Es relevante la cuestión de la no vivencia directa de la dominación (como grupo social) hasta que no se pone en duda y se visibiliza la resistencia al orden patriarcal vivenciándose entonces de forma individual, en este caso como consecuencia de una práctica contrahegemónica visible y reconocible. Esto condiciona todos los procesos masculinos

de transformación o reflexión crítica sobre la masculinidad, que muchas veces más allá de activismos fuertemente articulados, quedan disueltos en la soledad de prácticas erráticas de deconstrucción y autocontrol en la reproducción de los privilegios ya identificados.

Por último, las familias, es decir, aquellos escenarios de educación-socialización que devienen “igualitarios” también resultan condicionantes de primer orden para que los chicos jóvenes naturalicen el feminismo y se empoderen frente a las lógicas reaccionaras que en gran parte impregnan a la masculinidad (la sociedad) actual. Dentro del grupo de pares generacional, son las amigas (feministas) las que son fundamentales en estos espacios de sociabilidad donde se abordan de manera informal estas cuestiones.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ahmed, Sarah (2010) *The Promise of Happiness*. Durham, NC: Duke University Press.
- Banet-Weiser, Sarah (2018). *Empowered. Popular feminism and popular misogyny*. Durham
- Blais, Mélissa y Dupuis-Déri, Francis (2021) Feminist and Antifeminist Everyday Activism: Tactical Choices, Emotions, and ‘Humor’. *Gender Issues*, 39: 275-290
- Bourdieu, P. (2007). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Bourdieu, P. (2008). *El sentido práctico*. Siglo XXI de España Editores.
- Butler, Judith & Athanasious, Athena (2013) *Dispossession: The Performative in the Political*. Wiley.
- Butler, Judith, Gambetti, Zeynep & Sabsay, Leticia (eds.). 2016. *Vulnerability in Resistance*. Durham: Duke University Press.
- Cabanas, Edgar y illouz, Eva (2018) *Happycracia. Cómo la ciencia y la industria de la felicidad controlan nuestras vidas*. Madrid: Paidós.
- Connell, Raewyn (2009) *Gender*. Polity Press.
- Dignam, Pierce Alexander y Rohlinger, Deana A. (2019). Misogynistic Men Online: How the Red Pill Helped Elect Trump. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 44, no. 3
- Favaro, Laura y Gill, Rosalind (2018). Feminism rebranded: women’s magazines online and ‘the return of the F-word’. *Dígitos: Revista de Comunicación Digital*(4), pp. 37-65. doi: 10.7203/rd.v0i4.129
- Gill, Rosalind (2007) Postfeminist media culture: elements of a sensibility. *European journal of cultural studies*, 10 (2). pp. 147-166.
- Gill, Rosalind (2017) The Affective, Cultural and Psychic Life of Postfeminism. *European Journal of Cultural Studies*, 20(6): 606–626.

- Ging, Debbie (2019) Alphas, Betas, and Incels: Theorizing the masculinities of the manosphere. *Men and Masculinities*, 22(4), 638-657.
- Gitzén, Lucas (2019) Chafing masculinity: Heterosexual violence and young men's shame. *Feminism & Psychology*, 29(2): 286-302.
- Sanfélix, J. (2020). *La brújula rota de la masculinidad*. Tirant lo Blanch.
- Sanfélix Albelda, J. (2018). El cuerpo masculino en tiempos de brújulas rotas y (neo) fascismos: análisis socioantropológico. *Revista Nuevas Tendencias en Antropología*, 9, 15-33.
- Siegel, Jaclyn A., Elbe, Connor I., Calogero, Rachel M. (2022) "It's an Ongoing Process": A Qualitative Analysis of Men's Feminist Identity Growth. *Psychology of Men and Masculinities*, 23(3): 321-334.
- Lorente, M. (2009). *Los nuevos hombres nuevos. Los miedos de siempre en tiempos de igualdad*. Ediciones Destino.
- Lorde, Audre (1981) The uses of anger. *Women's Studies Quarterly*, 9(3), 7-10.
- Mingo, E. G., Díaz, S. F., & Forte, S. T. (2022). (Re) configurando el imaginario sobre la violencia sexual desde el antifeminismo: el trabajo ideológico de la manófera española. *Política y sociedad*, 59(1), 4.
- Risman, Barbara (2018) *Where the Millennials Will Take Us: A New Generation Wrestles with the Gender Structure*. NY: Oxford University Press.
- Rottenberg, Catherine (2018) *The rise of neoliberal feminism*. New York: Oxford University Press.